

CAPÍTULO 1 (LIBRO "CREER" DE B. SESBOUE) ¿QUÉ ES EL HOMBRE? ¿QUIÉN SOY YO?

PARTIR DEL HOMBRE Y DE LOS HOMBRES

Es costumbre, cuando se abordan cuestiones de fe y de religión, hablar inmediatamente de Dios, probar su existencia, etc. Hoy ya no podemos seguir así, porque la palabra «Dios» no es evidente por sí misma. Estamos todos penetrados por una mentalidad ambiente que supone un ateísmo práctico. Ciertos ateísmos pretenden justificarse por medio de la razón o de una ideología; pero en muchos casos, se trata de una actitud concreta que se reduce a esto: «De Dios no puedo decir nada, no puedo saber nada, se discute sobre su existencia desde hace siglos; hay personas muy inteligentes que han creído en él y que siguen creyendo; y hay otras, no menos inteligentes, que no creen. ¿Cómo puedo yo, que no tengo su inteligencia, meterme a juez de ellos? De todas formas, si Dios existe, ¿puede interesarse por el mundo, por nosotros, por mí? Si Dios existe, ¿cómo puede tolerar la inmensidad del mal y del sufrimiento que se abate sobre la humanidad? ¿Sería acaso un Dios "neroniano", al estilo del emperador Nerón, del que se dice que prendió fuego a Roma y miraba fascinado, desde el observatorio de su palacio, cómo ardía la ciudad?».

La respuesta será entonces, bien un rechazo formal y decidido, bien una confesión de ignorancia que no busca ir más allá. Esta confesión de ignorancia se llama «agnosticismo», y puede encontrarse en personalidades eminentes que tienen el sentido de la dimensión espiritual del hombre. Por no poner más que un ejemplo, André Malraux, marcado interiormente por la cuestión religiosa, capaz de comentar el Evangelio de san Juan de manera maravillosa, se confesaba agnóstico, es decir, incapaz de pronunciarse acerca de la existencia o inexistencia de Dios.

Por respeto al nombre de Dios, no lo pronunciemos demasiado deprisa. Sobre todo, no lo manchemos. Preguntémonos más bien por nosotros mismos. Es en nosotros donde tenemos que buscar la huella de Dios. Si no la encontráramos en nosotros, nada nos permitiría hablar de él.

FI SER HUMANO ES UN SUJETO PERSONAL

Tenemos que entrar pues en un análisis un poco más preciso del «fenómeno» paradójico y del curioso animal que somos. En lo que sigue, el lector es invitado a no contentarse con leer, sino a volverse a la experiencia corriente que tiene de sí mismo y verificar, por comparación, si lo que se le propone corresponde o no con esa experiencia.

Nosotros pertenecemos al mundo físico y biológico del universo es una evidencia. Estamos hechos de los mismos átomos que todos los demás seres, del mismo tipo de componentes biológicos y de células que todos los demás animales.

Sin embargo, nos diferenciamos de ellos por la conciencia de nuestra propia existencia, de nuestro YO, por nuestras posibilidades de razonamiento, por nuestra capacidad para proyectarnos hacia el futuro, y por otros muchos aspectos Por otra parte, los animales pueden sentir que van a morir, pero no piensan en la muerte en cuanto tal. Nosotros en cambio sabemos «desde siempre» que tenemos que morir, y eso lo cambia todo. Porque la muerte nos plantea la cuestión de nuestro destino y del sentido de nuestra vida. «El hombre no es más que una caña —escribe Blaise Pascal—, la más débil de la naturaleza, pero una caña pensante»². Esa caña pensante es también un «monstruo de inquietud». No solo pensamos, sino que nos sentimos también responsables de nosotros mismos y angustiados por el tremendo problema de acertar en nuestra vida.

Somos también los únicos que podemos construir un lenguaje elaborado y «abstracto» a partir de las cosas que vemos y oímos, dejemos de lado aquí las investigaciones, muy interesantes por lo demás, sobre el lenguaje de las abejas o de otros animales, ya que no se trata de la misma cosa³.

Podemos, en fin, actuar sobre la naturaleza para transformarla. Colectivamente, somos portadores de un progreso científico y técnico cuyo ritmo se acelera siglo tras siglo. Sabemos también que este progreso puede conducirnos tanto a lo peor como a lo mejor⁴. Ocurre lo mismo en el terreno político nuestras sociedades están organizadas para establecer los derechos y los



Teología I

UNIDAD 1 - EL HOMBRE COMO SER RELIGIOSO

DEBERES DE TODOS, Y MANTENER LA PAZ Y LA JUSTICIA. PERO PUEDEN FRACASAR EN LA REALIZACIÓN DEL «BIEN COMÚN» O DEJARSE ARRASTRAR TANTO A LA ANARQUÍA COMO A LOS EXCESOS DE DIFERENTES FORMAS DE DICTADURA.

Nuestra conciencia psicológica va acompañada de una conciencia moral, vinculada al sentido de la responsabilidad. Porque tenemos el sentido del bien y del mal En definitiva, pensamos, conocemos, entramos en relación con nuestros semejantes y pretendemos controlar el desenvolvimiento de nuestra existencia. Cada uno de nosotros es un sujeto «personal», del mismo modo que es «sujeto de derechos» ante la ley, y reaccionamos enérgicamente cuando se violan los derechos de una persona humana.

ESCUCHAR LAS OBJECIONES

A ESTA RÁPIDA DESCRIPCIÓN SE LE PUEDEN HACER, Y SE LE HAN HECHO, MÚLTIPLES OBJECIONES. QUE PRETENSIÓN LA DEL HOMBRE DE AUTOPROCLAMARSE OBRA MAESTRA DEL MUNDO, SUPERIOR A TODOS LOS DEMÁS SERES. ¿NO ESTÁ REFUTADA HOY ESTA SUPERIORIDAD, CUANDO SE DESARROLLAN TANTAS CIENCIAS, LAS «CIENCIAS HUMANAS» COMO SE LLAMAN, QUE TRATAN DE DAR CUENTA DE LA MANERA MÁS OBJETIVA POSIBLE DE LA REALIDAD DEL HOMBRE? LA BIOLOGÍA Y LA CIENCIA DEL CEREBRO DESCRIBEN DE MANERA CADA VEZ MÁS DETALLADA LOS VÍNCULOS ENTRE LA CIRCULACIÓN DE LAS CORRIENTES ELÉCTRICAS DE NUESTRA CORTEZA CEREBRAL Y LAS FUNCIONES DEL PENSAMIENTO, LA AFECTIVIDAD, LA DECISIÓN, LA ACCIÓN, ETC. ¿QUE QUEDA CON TODO ESTO DE UNA ACCIÓN LIBRE? TODOS CONOCEMOS EL PSICOANÁLISIS, QUE NO ES SOLO UN MÉTODO DE CURACIÓN, SINO TAMBIÉN UNA DISCIPLINA TEÓRICA QUE PRETENDE DAR CUENTA DEL SER HUMANO. ANTES QUE ÉL, POR LO DEMÁS, OTRAS FORMAS DE PSICOLOGÍA HABÍAN HECHO YA EL INVENTARIO DE TODOS LOS DETERMINISMOS QUE PESAN SOBRE EL INDIVIDUO HUMANO Y HABÍAN CUESTIONADO INCLUSO SU LIBERTAD. IGUALMENTE, LA SOCIOLOGÍA, CUYOS MÉTODOS PROGRESAN RÁPIDAMENTE, DESCRIBE TODOS LOS DETERMINISMOS VINCULADOS A LA VIDA EN SOCIEDAD. LA HISTORIA PONE DE MANIFIESTO TAMBIÉN BUEN NUMERO DE MECANISMOS SUBYACENTES A LOS COMPORTAMIENTOS HUMANOS. LA ECONOMÍA, EN FIN, LUGAR DE TANTOS INTERCAMBIOS ENTRE LOS HOMBRES, OBEDECE A LEYES INELUDIBLES.

En resumen ¿En qué queda el hombre considerado hasta aquí como una persona libre? ¿Sigue existiendo como tal? ¿No queda más bien reducido a una maquina compleja? Si el mensaje de la muerte de Dios estaba en boca de muchos hace unos treinta años, pronto lo ha seguido el de la «muerte del hombre» Pero, ¿acaso no hay una correlación entre estas dos «muertes» en el clima de nuestra cultura? El hombre no es más que una «estructura» particular en el conjunto de las estructuras de todo orden que componen el mundo. Nada más. Es decir, es una cosa entre otras, sometida al azar general y sin ninguna significación particular.

Estamos rodeados, en efecto, por todas partes por una multitud de ciencias que nos dicen que en muchas circunstancias no somos más que marionetas movidas por unos hilos que se nos escapan. La ciencia hoy es capaz de descomponernos, de separar todas nuestras piezas lo mismo que se desmonta un motor. Puede también reconstruirnos desde diversas perspectivas, y no faltan quienes lo hacen. Pues, aunque el punto de partida científico es parcial, la intención interpretativa es global.

Por supuesto, estas diversas ciencias son perfectamente legítimas, cada una en su terreno, y nos enseñan mucho sobre nosotros mismos. Patinan sin embargo cuando pretenden decirlo *todo* sobre el hombre. Porque hay un punto que ignoran sistemáticamente, en cierto modo por hipótesis: el sujeto cognoscente que se dedica a la investigación en cada disciplina y que lleva a cabo estas descomposiciones y recomposiciones. Desde el momento en que el investigador mismo se considera producto de sus análisis, se olvida de sí mismo, olvida la estructura de su propia conciencia, que lo empuja a investigar sin cesar pero que no entra nunca en el contenido de su investigación. Porque él es también quien tiene conciencia de estar allí y de plantearse la cuestión del *porqué* ha hecho eso y del sentido exacto de sus hallazgos. Lejos de estar encerrado en sus resultados, se encuentra siempre más allá de ellos y no deja de interrogarse en ningún momento sobre sí mismo.

Eso es ser una PERSONA. Una experiencia irreductible que no puede sofocarse, que continuamente brota de nuevo. Pero es también una experiencia a cuyo lado podemos pasar casi sin darnos cuenta. Porque estamos hasta tal punto polarizados hacia el exterior que no logramos volvernos sobre nosotros mismos. Por eso conviene seguir avanzando un poco en la descripción de esta experiencia.



DIÁLOGO INTERIOR Y SUBJETIVIDAD

HE AQUÍ SIN DUDA UNA TRIVIALIDAD: VIVIMOS EN UNA PRESENCIA ANTE NOSOTROS MISMOS QUE PASA POR UN DIÁLOGO INTERIOR EN EL QUE NOS DESDOBLAMOS. ¿QUIÉN NO SE HA REÍDO ALGUNA VEZ DE LAS PERSONAS QUE HABLAN SOLAS Y EN VOZ ALTA POR LA CALLE, DICIÉNDOSE «TÚ» A SÍ MISMAS? PERO NO HACEN SINO OLVIDARSE UN POCO, EXPRESANDO EN VOZ ALTA EL DIÁLOGO INTERIOR QUE CADA UNO DE NOSOTROS MANTENEMOS EN VOZ BAJA CON NOSOTROS MISMOS.

Eso es lo que se llama tener conciencia de sí Salvo durante el sueño, el aturdimiento o la somnolencia, nunca dejamos de seguir el movimiento de nuestras asociaciones de ideas, en el que siempre nos desdoblamos en alguien que habla y alguien a quien se habla Ese desdoblamiento —que no tiene nada que ver con el desdoblamiento de la personalidad— es un fenómeno enormemente interesante. Expresa un ir y venir entre nosotros y nosotros mismos. Por un lado, hay un surgimiento ininterrumpido de pensamientos y cuestiones, por otro, hay frases que se forman y engendran un discurso dirigido a aquel que es su origen. Es imposible reducir esta dualidad. Es fundante de nuestra conciencia humana. A eso es a lo que llamamos una subjetividad personal.

Dos polos en nosotros

Puede considerarse pues nuestro mundo mental como una elipse con dos polos hay en nosotros un polo *subjetivo* y otro *objetivo*. El polo objetivo es muy fácil de definir pasa en efecto por las palabras y frases que nos dirigimos a nosotros mismos y que dirigimos a los demás, que escribimos también. Es importante, por otra parte, notar que usamos con nosotros mismos el mismo lenguaje que utilizamos con los otros. En cierto modo, yo soy otro para mí mismo.

El polo subjetivo es mucho más difícil de captar y de definir, simplemente porque no podemos mirarlo cara a cara Actúa siempre por detrás de nosotros, proyectándonos hacia adelante. Nos ocurre a este respecto como al ojo con su propia retina. La retina le permite a mi ojo ver el exterior, pero yo no puedo, directamente, ver mi propia retina, porque mi ojo no puede volverse sobre si mismo Igualmente, tampoco puedo verme la espalda sin un espejo. Si me vuelvo para vermela, mi cuerpo se vuelve conmigo y no consigo nada no tengo ojos detrás de la cabeza.

No obstante, el polo subjetivo esta siempre ahí, anida en mí y me acompaña, incluso cuando estoy como fuera de mi mismo, apasionado por lo que hago o por lo que veo. Pero, dado que es imposible captarlo directamente, veamos unos ejemplos.

El del niño que juega en su parque. Está tranquilo, su atención está como embebida por los juguetes que le han dado. Sabe también que su madre está allí, a su lado. Supongamos que su madre sale de la habitación sin decirle nada; él se da cuenta enseguida y manifiesta con llanto su descontento. Había por tanto en él una curiosa conciencia, latente o implícita — ¡casi inconsciente!— oue le aseguraba que su madre estaba allí y que todo iba bien.

Otro ejemplo: cuando trabajo, estoy ocupado por el objeto de mi trabajo y no pienso en absoluto en mí. Sin embargo, en ningún momento dejo de ser consciente de que soy yo quien está en este momento aquí trabajando, por ejemplo tecleando en el ordenador, ya se trate de cuadrar unas cifras, de buscar la solución a un problema de matemáticas o de escribir un artículo⁵.

He aquí pruebas, «experimentales» podría decirse, de esa tensión entre los dos polos de nosotros mismos. El primero, el subjetivo, es infinitamente más fuerte y profundo que el segundo, porque es el motor. Rara vez se siente satisfecho de lo que ha realizado el otro polo. Lo supera y lo empuja hacia delante sin cesar. Es el que hace que a toda respuesta siga una nueva pregunta.

¿Hay que hablar de «conciencia» en relación con este polo? Su originalidad estriba precisamente en estar a caballo entre lo consciente y lo inconsciente. Es como un iceberg, cuya parte sumergida es mucho más importante que la parte emergente.

SE PUEDE HABLAR AQUÍ DE CONCIENCIA DE *CONCOMITANCIA*, ES DECIR, QUE AL MISMO TIEMPO QUE ESTOY PENSANDO O ACTUANDO, ALGO ME ACOMPAÑA EN ESTE PENSAMIENTO Y EN ESTA ACCIÓN. ESTE POLO EMERGE EFECTIVAMENTE EN NOSOTROS PERIÓDICAMENTE, PERO NO PODRÍAMOS EXPRESAR TODA SU RIQUEZA. ES EL LUGAR DE NUESTROS DESEOS, DE NUESTRAS PASIONES, DE NUESTRAS CREACIONES ARTÍSTICAS O PROFESIONALES, DE NUESTRAS DECISIONES, EN DEFINITIVA, DEL COMPROMISO DE NUESTRA LIBERTAD.



Pero este polo nunca vive enteramente solo, porque continuamente esta en intercambio con el polo del lenguaje y con el exterior por medio de nuestras relaciones y nuestros actos. Es la dualidad de estos polos la que nos permite *reflexionar*, del mismo modo que un espejo refleja, o «reflexiona», nuestra imagen. Toda «reflexión» supone este movimiento de ida y vuelta entre ambos polos, el subjetivo y el objetivo.

Un polo abierto al infinito

Lo que ocurre en el corazón de ese polo misterioso de nuestra conciencia —ya lo hemos presentido— es que está habitado por un *deseo*, nunca satisfecho, de ir más allá, de poseer más, de querer ser mas. Se habla mucho hoy de la «calidad de vida». Nuestro deseo profundo es evidentemente vivir, vivir lo mejor posible, es decir, no solo en el bienestar material, sino más aun en la riqueza cultural del arte, en todas sus formas, de la literatura y del ocio. Y todo esto se quedaría en nada si no pudiéramos vivir en armonía afectiva, en el amor que se prodigan esposo y esposa, en el amor de los hijos ¿No es eso acaso lo que da valor a nuestros domingos y días libres? Un tiempo de descanso, en el que uno se toma tiempo para vivir, para saborear el presente con la familia y los amigos. Nuestro deseo es también poder vivir «siempre» así, y experimentamos como una limitación los signos de la edad que avanza, de la siguiente generación que nos empuja y nos recuerda que todo tiene un fin.

Este deseo contiene un dinamismo que nos hace aspirar *siempre a mas*. Nunca estamos satisfechos de lo que tenemos, siempre quisiéramos tener algo mas, en relación con la vivienda, con el salario, con los estudios, con el tiempo libre, y también con la afectividad.

Tomemos como ejemplo una parábola muy simple. Uno de los sueños del adolescente es poder motorizarse. Empezara encontrando en algún lugar una vieja motocicleta, que algún compañero le regala o que compra por poco dinero, y que adecentará lo mejor que pueda. Luego, un día, con ocasión de algún cumpleaños o de algún título que haya conseguido, sus padres le regalaran una motocicleta nueva. Luego empezará a mirar de reojo motos de gran cilindrada. Convertido ya en todo un mozo, pero todavía sin dinero, quiere a toda costa conseguir un coche. Comprara entonces, a bajo precio una vez más, un viejo coche de ocasión en el que pondrá en práctica sus mejores habilidades. Su deseo de autonomía en los desplazamientos, de realizar el gesto adulto de la conducción, se verá satisfecho durante muy poco tiempo, porque pronto sentirá vergüenza de desplazarse en una tartana de otra época. Desde el momento en que empiece a tener algunos recursos, ahorrará para tener por fin un coche nuevo. Lo comprará pequeño, lo justo, sin accesorios ni equipamientos opcionales. Pero a medida que su carrera vaya avanzando su coche irá teniendo mayor cilindrada y un mejor equipamiento. El movimiento no se detendrá nunca Se aficionará luego a los salones del automóvil, soñará con nuevos modelos, etc. Ejemplo muy exterior, se dirá, pero en cuyo fondo late un deseo infinitamente más radical.

En esta dinámica, distingamos bien lo que corresponde a la necesidad y lo que corresponde al deseo. Al principio hay sin duda una necesidad real del adolescente, la de poder desplazarse fácilmente, quizá sólo para ir al instituto. Pero interviene algo mas, que supera infinitamente la simple necesidad. Porque la satisfacción de la necesidad no resuelve la cuestión del deseo. Si no el proceso se detendría una vez satisfecha la necesidad de desplazarse cómodamente. Queda claro que hay algo distinto también en este movimiento del siempre más el deseo de una cierta calidad de vida (rapidez, confort, reputación, etc.) y el deseo de felicidad. Este deseo puede parecer en un primer momento cuantitativo, pero en realidad es cualitativo.

El mismo movimiento está presente en todos nuestros actos y con frecuencia por causas más nobles las del explorador, el alpinista o el marinero nunca satisfechos con las aventuras ya vividas, la del director de empresa que quiere ampliar cada vez más su negocio, la del investigador científico que quiere descifrar cada vez más la realidad, para cuidar, curar o dominar la naturaleza, la del pensador y el filosofo también, nunca satisfecho con sus hallazgos y planteándose siempre nuevos problemas.

¿Que significa esta pequeña parábola sin fin? En un terreno muy práctico y exterior, expresa el carácter infinito del deseo que anida en nosotros. Todos nosotros somos seres de deseos, no solo del deseo de tener más, sino también del de ser mas. Realizar nuestros deseos, y ahondar en el deseo fundamental que anida en nosotros, nos hace crecer en la felicidad. Es el deseo de vivir, de conocer



Y DE AMAR EL QUE NOS EMPUJA HACIA EL PORVENIR Y NOS HACE PLANTEARNOS INCESANTEMENTE NUEVAS CUESTIONES.

PLANTEARSE CUESTIONES.

Eso es lo propio del hombre. Son los «porqués» ingenuos, pero a menudo muy profundos, del niño en su edad «metafísica». Son las cuestiones del adolescente que se rebela contra el orden establecido en su familia y en la sociedad y sueña con rehacer el mundo. Son las cuestiones del adulto, hombre o mujer, que, llegado a una cierta edad, se vuelve hacia su pasado y se pregunta cuál es el sentido de su vida.

Porque el hombre nunca se detiene en una respuesta. Se aprecia muy bien en las tertulias de las conferencias. El orador puede hablar del tema con la mayor competencia y con la máxima claridad, el auditorio siempre tendrá preguntas que hacer para ir más allá. Hasta tal punto que se ha podido definir al hombre como el que se hace preguntas, y más preguntas y, finalmente, preguntas sobre las preguntas ¿. Por que estoy yo aquí en este momento haciéndome tantas preguntas?

¿Deseo infinito o deseo del infinito, del absoluto?

Estamos inmersos pues en una paradoja Somos finitos y estamos rodeados de limites por todas partes limites de nuestro nacimiento, de nuestro ambiente familiar, de nuestro país y de nuestro tiempo, de nuestras dotes y capacidades, de la duración de nuestra existencia. Y sin embargo hay en nosotros un deseo infinito. La prueba es que sufrimos por nuestra finitud y por nuestra incapacidad para superar los límites.

¿SE PUEDE FUNDAR SOBRE ESTE DESEO INFINITO, OBJETO DE NUESTRA EXPERIENCIA, LA AFIRMACIÓN DE LA EXISTENCIA EN NOSOTROS DEL DESEO DE LO INFINITO Y LO ABSOLUTO? HAY EVIDENTEMENTE UNA SEPARACIÓN ENTRE AMBAS COSAS LO UNO NO ES LO OTRO.

Señalemos en primer lugar que hay dos tipos de infinitos. Por una parte, lo *indefinido*, es decir, lo que no tiene fin, como la serie de los números, que no se detiene nunca. Pero este indefinido es el mal infinito, un itinerario que pierde todo sentido porque no conduce a nada. No puede por tanto satisfacernos. El otro infinito, que es efectivamente objeto de nuestro deseo, esta siempre polarizado, lo queramos o no, por la idea de absoluto. Pero sé que hay muchas maneras de concebir este absoluto, y que no hay que precipitarse bautizándolo con el nombre de Dios.

La coherencia del deseo infinito exige que se trate del deseo del Infinito o del Absoluto. Un deseo simplemente indefinido acabaría por no tener sentido. Pero, ¿se puede deducir la realidad de esta simple coherencia? Veremos que no es posible sin un acto de libertad.

Ya Pascal dijo en una de esas formulas para las que era tan genial. «El hombre supera al hombre, el hombre supera infinitamente al hombre»⁶. Si, el hombre supera al hombre lleva en sí más que un hombre.

Una experiencia ineludible

Esta experiencia se nos impone de manera necesaria. Estamos hechos así «por constitución», me atrevería a decir. Estamos construidos de este modo y no está en nuestra mano cambiar este dato originario. Podemos rebelarnos diciendo que no lo hemos pedido. He conocido a una joven que no podía aceptar este tipo de imposición. Podemos intentarlo todo por ignorar nuestra situación constitutiva, limitándonos a realizar nuestras tareas cotidianas. Podemos llamar a nuestra casa «Villa con esto me basta». Podemos ser escépticos e incluso decir que todo eso no es más que ilusión y que no tiene ningún sentido. Todas esas hipótesis son evidentemente posibles. Sin embargo, nuestra situación en el mundo sigue siendo una especie de «figura obligatoria», que permanece como una interpelación dirigida a nuestra libertad. A nosotros nos corresponde darle sentido.

LIBERTAD Y RESPONSABILIDAD

En el punto al que hemos llegado en nuestro itinerario vemos emerger la realidad de nuestra libertad y su corolario: la responsabilidad. La filosofía debate hasta el infinito acerca de la libertad del hombre, y ciertas posturas científicas tienden a negarla. Hemos visto ya cómo muchas ciencias



TRATAN DE DESCOMPONER AL HOMBRE Y DE REDUCIRLO A PURO OBJETO. HAY QUE CONSTATAR SIN EMBARGO QUE LA VIDA PERSONAL Y SOCIAL ES IMPOSIBLE SI NO SE PRESUPONE QUE EL HOMBRE ES UN SER LIBRE. ¿CÓMO SERÍAN POSIBLES TODOS LOS CONTRATOS QUE UNEN A LOS HOMBRES ENTRE SÍ, SI NO ESTUVIERAN FUNDADOS EN UN ACUERDO VERDADERAMENTE LIBRE? ¿PARA QUÉ EL EJERCICIO DE LA JUSTICIA SI LOS DELINCUENTES ESTÁN TODOS PREDETERMINADOS AL DELITO O AL CRIMEN? TODOS NOSOTROS REIVINDICAMOS NUESTRA PROPIA LIBERTAD COMO EL BIEN MÁS PRECIADO. NO ADMITIMOS LA COERCIÓN SINO EN LOS TERRENOS EN LOS QUE EL RESPETO A LA LIBERTAD DE LOS OTROS PONE FRENO A NUESTRA PROPIA LIBERTAD. SE HABLA ASÍ DE «LIBERTAD POLÍTICA». «LIBERTAD» ES LA PRIMERA PALABRA DEL LEMA DE LA REPÚBLICA FRANCESA: «LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD». SE HABLA TAMBIÉN DE «LIBERTAD RELIGIOSA», ES DECIR, DE LA AUSENCIA DE CUALQUIER COERCIÓN, POSITIVA O NEGATIVA, EN LA MATERIA.

Pero, ¿somos libres en el sentido filosófico o psicoanalítico del término? ¿No es nuestra libertad una mera ilusión de nuestra subjetividad, determinada de hecho por todo un conjunto de factores desconocidos para nosotros? Hay algunas filosofías que lo afirman, aunque la mayor parte respetan este santuario que constituye a la persona humana. Porque la libertad no es una cosa que se pueda identificar con el escalpelo de nuestros análisis objetivos. La libertad habita en nosotros. No podemos aislarla y decir «¡Ahí esta!», como tampoco podemos ver nuestra retina. Nuestra libertad es original, o mejor originaria, o no es nada.

Estamos aquí en el núcleo mismo del problema del hombre, es lo que hace de nosotros un cierto enigma para nosotros mismos. En definitiva, *el reconocimiento de nuestra propia libertad es en sí mismo un acto libre*. No podemos ser libres sin tener en cuenta la postura que tomemos respecto de nuestra propia libertad. Podemos negarla, pero lo haremos libremente.

Reconozcamos en nosotros, por lo demás, dos niveles de libertad. Esta en primer lugar lo que se conoce como el *libre albedrío*, es decir, la facultad de elegir esto o lo otro, que empleamos lucidamente en nuestras decisiones cotidianas, pequeñas o grandes. Pero a partir de estas decisiones sucesivas se va estableciendo una línea general de conducta que da a nuestra vida su orientación original. Progresivamente, a partir de la elección de esto o aquello, acabamos eligiéndonos a nosotros mismos. Se trata entonces de un nivel muy superior de *libertad*. Esta consiste en hacernos progresivamente a nosotros mismos, en moldearnos, en decidir acerca de nosotros para lo bueno o para lo malo. Por supuesto, estos dos niveles no son independientes el uno del otro. Nuestras decisiones concretas se inscriben en la línea de nuestra existencia, en un eje general que traza una orientación general. Es lo que se llama la «opción fundamental» de una vida. Por supuesto, tal opción no es irreversible, y podemos cambiar de orientación así como cambiar el sentido que oueremos darie e nuestra vida.

Por eso se puede decir que, en cierto modo, a partir de determinada edad, todo hombre es responsable de su rostro. Porque este ha registrado la serie de nuestras decisiones y nos muestra ante el espejo una recapitulación de lo que hemos querido ser.

Nuestra libertad se encuentra así a caballo en cierto modo entre los dos polos de la elipse de la que he hablado. Por un lado, todos los días tomamos decisiones concretas y muy conscientes, lo mismo que hablamos y actuamos, por otro, en el polo subjetivo, que no podemos considerar directamente, opera una cierta opción que nunca conocemos enteramente, que se nos escapa «por detrás» en cierto modo.

Si somos libres, somos igualmente responsables y, en primer lugar, responsables de nosotros mismos. La vida se nos da como un gran proyecto aún sin determinar. La vida de cada uno de nosotros es una página en blanco que tenemos que escribir. Todos queremos que nuestra vida sea un «éxito»; no tenemos más que una preocupación: la de desperdiciar nuestra vida en una serie de fracasos, la de que sea inútil para nosotros y para los demás. Toda vida humana está expuesta al riesgo de lo peor y de lo mejor. Raymond Aron, al término de sus *Memorias*⁷, cuando hace el balance global de su existencia, dice: «Me acuerdo de una expresión que utilizaba a veces cuando tenía veinte años, en conversaciones con compañeros y conmigo mismo: "Salvarse laicamente". Con o sin Dios, nadie sabe, al final de su vida, si se ha salvado o se ha perdido». Pensamiento profundo que expresa tomando un término del vocabulario religioso: «salvarse». Con o sin Dios, en efecto, todo hombre se enfrenta a este deseo, que es una exigencia: salvarse.

Una experiencia «fundamental»



Esta experiencia es fundamental en varios sentidos. Hemos visto que ninguno de nosotros puede escapar a ella. Más radicalmente aún, esta experiencia es irreductible a cualquier otra. No puede deducirse de ninguna otra cosa. Se puede descomponer la cuestión del hombre «en tantas parcelas como sea posible», como decía Descartes. Puede recomponerse luego según las diferentes ciencias humanas que se interrogan legítimamente sobre él. Pero nunca se podrá dar cuenta del hecho primordial de que yo estoy ahí haciendo esas operaciones científicas o técnicas y de que me interrogo sobre la razón de todo lo que existe. El jefe de empresa se pregunta algunos días qué sentido puede tener el avance productivo que está viviendo en una situación de dura competencia. El sentido definitivo de su actividad ha de buscarse fuera de ella misma. Un filósofo dijo hace poco que el estudio de la termodinámica no calienta. Estamos en un caso análogo.

Una respuesta necesaria: sí o no

Estamos aquí en un terreno particularmente desconcertante, porque no cabe operar en él por medio de un saber que pudiera dominarlo. Es nuestra misma situación la que es misteriosa. Nosotros no podemos reaccionar ante ella sino por un acto de libertad. O bien estimamos que nuestra vida tiene un sentido. Juzgamos que debe desembocar en algo ese gran dinamismo interior que para nosotros no tiene ni principio ni fin. Porque no vemos ni de dónde viene ni adónde va, puesto que se origina como por detrás de nosotros y apunta más allá de nosotros. Como anhelamos encontrar y dar un sentido a nuestra vida, le otorgaremos entonces nuestra confianza.

O bien le negamos todo sentido último a nuestra existencia, considerando que el deseo que anida en nosotros es una pura ilusión y que nos basta «cultivar nuestro jardín», como decía el Cándido de Voltaire. Tratamos entonces de crear algunos pequeños islotes de sentido en el marco de la existencia que se nos impone, sabiendo desesperadamente que más allá de lo que depende de nosotros nada tiene sentido.

Pero, de alguna manera, todos nosotros somos «instados» a tomar partido. Sartre decía a este respecto que estamos «condenados» a ser libres. Pero tal elección no se toma necesariamente por medio de una respuesta lúcida y puntual, claramente expresada en un momento del tiempo. La respuesta la damos a lo largo de toda nuestra vida, a través del entramado de nuestras actividades y nuestras relaciones, por medio de nuestra manera de vivir. Puede darse una contradicción «existencial» en la misma persona, que por un lado profesa el sinsentido absoluto de todo y por otro lado actúa en función de valores que representan para ella un absoluto.

Un lector que tuviera la intención de responder NO a la cuestión del sentido de nuestra experiencia, podría tener la tentación de dejar este libro. Porque no puedo ocultar que la continuación de esta obra se apoyará en la opción del SÍ. Pero ese mismo lector, ¿está seguro de su opción y no respeta de manera absoluta cierto número de valores, considerándolos por encima de él? En cualquier caso, inmediatamente verá si las páginas que siguen le conciernen o no.

¿Por qué esta distancia entre la experiencia explícita y consciente de nosotros mismos y ese juego oscuro de lo implícito que nos habita secretamente, que no sentimos pero que, sin embargo, ejerce sobre nosotros una influencia decisiva? Porque nuestra libertad está a caballo entre lo inconsciente y lo consciente, y puede por consiguiente haber contradicción entre la opción de fondo y la opción declarada.

LA OPCIÓN POR EL SENTIDO

Todo lo que se acaba de decir puede parecer muy filosófico y no tener relación con una invitación a creer. ¿No me estaré yendo demasiado lejos? En realidad este análisis supone una apuesta capital. Yo soy de los que consideran, como Karl Rahner, teólogo cuyo pensamiento resumo aquí, que la nada no puede fundar nada y que, por consiguiente, esta experiencia de superación que anida en nosotros no puede estar fundada en la nada. Tal es mi primer acto de fe.

Tomo pues deliberadamente la opción por el sentido. ¿Es arbitraria una elección de este tipo? No se trata de jugar aquí a doble o mitad, ni de proponer de nuevo la apuesta de Pascal ⁸. Lo hago porque considero esta elección fundada en la razón, y la hipótesis del absurdo total de la existencia de este mundo y de nosotros mismos me parece impensable. Lo hago porque no puedo vivir en contradicción radical con el fundamento sobre el que estoy construido y que, quiera o no, moldea



Teología I

UNIDAD 1 - EL HOMBRE COMO SER RELIGIOSO

TODOS MIS DESEOS Y MI DESEO FUNDAMENTAL. SÓLO CONSIDERANDO LA AVENTURA HUMANA A LO LARGO DE LAS ÉPOCAS, SE VEN TANTOS SIGNOS DE SU SENTIDO QUE NO SE PUEDE DESESPERAR DE ELLA.

Los signos de sentido son más fuertes que los signos de sin-sentido, a pesar de ser estos inmensos. Nuestra historia está hecha sin duda de guerras, de genocidios y de violencias de todo tipo. Pero está hecha también de gestos de amor y de generosidad admirables. Por ejemplo, el testimonio dado por los monjes de Tibhinne es más fuerte que todas las matanzas argelinas. Esta opción, ciertamente fundada en la razón, manifiesta más aun su verdad por la fecundidad de sus consecuencias. Ha sido la de las figuras más egregias de la humanidad.

La opción del si no se reduce pues a su dimensión racional. Es una opción de toda mi existencia, de toda la historia que viva hasta mi muerte. Frente a la misteriosa cuestión de mi origen —«¿dónde estaba cuando todavía no había nacido?», dicen los niños—, frente a la dramática cuestión de la muerte, frente a la cuestión de los valores en mi vida (L De-latour), opto de todo corazón por que el amor y el sentido del mundo tengan la última palabra.

Pero sé también que no puedo probar tal opción en el sentido filosófico o científico del termino, como tampoco podrá probar la suya quien elija la contraria. Unos y otros estamos «condenados» a elegir ¿Por qué? ¿Se tratara acaso de una debilidad congénita de estas cuestiones, que se dejan generosamente a juicio de cada uno («Si eso es lo que piensas ») porque no hay certidumbre en la materia? Tal es sin duda la opinión corriente.

Pero la cosa no es tan segura ¿Acaso no estamos aquí simplemente en otro orden, mucho más profundo que el del simple conocimiento? Si el ámbito mas fundamental de lo humano es objeto de un acto de libertad, ¿no será porque en caso contrario no seriamos ya hombres, sino hormigas inteligentes y laboriosas? Nuestra existencia no tendría ya ningún misterio todo entraría dentro del buen orden de los ordenadores. Por lo demás, en toda ciencia hay fundamentos que no se pueden probar porque constituyen aquello por lo que se probara todo lo que sigue. La prueba se hace entonces a posteriori, por la fecundidad misma de los fundamentos.

Estamos aquí en presencia de un dato «fundamental», que no podemos controlar. Podemos siempre negarlo. Pero ese dato fundamental no puede reducirse a ningún otro, y nos constituye. Podemos contradecirlo con actos y con palabras, pero entonces estamos basando nuestra vida en una grave contradicción. Porque tal opción se sitúa precisamente en un punto que supera el orden de los conocimientos ciertos, dado que es ella la que los funda.

Pongamos una vez más un ejemplo: el joven que va a firmar un contrato laboral importante, capaz de condicionar quizá su vida, debe haber reflexionado antes; debe tener buenas razones para firmar: un conocimiento suficiente de la correspondencia entre sus deseos y su capacidad, por un lado, y el trabajo exigido, por otro; la conciencia de los riesgos que corre y de las limitaciones que se impone por ello. Si se compromete, es porque, a fin de cuentas, considera la cosa provechosa para él. Aunque no tiene una prueba cierta. Corre el riesgo. Sin embargo, si se niega a comprometerse porque no está completamente seguro de su futuro, se está negando a sí mismo una experiencia humana fundamental, la de la decisión de su libertad.

El momento de nombrar a Dios

SI ACEPTAMOS RECONOCERLE UN SENTIDO A ESTA EXPERIENCIA Y, POR CONSIGUIENTE, DARLE UN SENTIDO, PODEMOS DECIR ENTONCES QUE NUESTRA MÍSERA EXISTENCIA ESTÁ EN CONTACTO CON UN «MISTERIO ABSOLUTO» QUE NOS SUPERA RADICALMENTE, PERO QUE PALPAMOS DE MANERA NO MENOS MISTERIOSA. NUESTRO POLO ORIGINARIO ENCIERRA LA CUESTIÓN DE DIOS, ES DECIR, LA IDEA DE DIOS, PERO ES TODAVÍA UNA IDEA QUE SE IGNORA. RAHNER HABLA A ESTE RESPECTO DE UN «SABER ANÓNIMO DE DIOS».

Henri de Lubac lo ha analizado bien al hablar de nuestra «constitución inestable», que hace del hombre una criatura «a la vez más grande y más pequeña que ella misma». «De ahí esa especie de dislocación, esa misteriosa claudicación, que no es sólo la del pecado, sino ante todo y más radicalmente la de una criatura hecha de la nada, que, extrañamente, toca a Dios»⁹.

Pero la cuestión puede volver a planteársenos de nuevo esa misteriosa idea de Dios que innegablemente anida en nosotros, ¿no puede deducirse de otra cosa, por ejemplo de no ser más que la proyección de un sueño o de cualquier otro mecanismo de raíces sobradamente humanas? El mismo padre De Lubac formula claramente la cuestión «¿Es Moisés quien tiene razón?, ¿es



Teología I

UNIDAD 1 - EL HOMBRE COMO SER RELIGIOSO

JENOFANES? ¿HA HECHO DIOS AL HOMBRE A SU IMAGEN, O NO ES MÁS BIEN EL HOMBRE EL QUE HA HECHO A DIOS A LA SUYA? TODO PARECE DARLE LA RAZÓN A JENOFANES Y, SIN EMBARGO, ES MOISÉS QUIEN DICE LA VERDAD».¹⁰

¿Por qué es Moisés quien dice la verdad? Porque no se puede asignar ninguna génesis o «genealogía» a la idea de Dios en nosotros. Esta no puede deducirse de ninguna otra cosa, como tampoco podía deducirse la experiencia que hemos analizado. Todo esto va junto Henri de Lubac lo dice en términos iluminadores: «El hombre, se dice por ejemplo, ha divinizado el cielo. De acuerdo. Pero, ¿de dónde ha tomado la idea de lo divino para aplicarla precisamente al cielo ¿Por qué ese movimiento espontáneo de nuestra especie, observable en todas partes ¿Por qué esa empresa de divinización, ya sea del cielo o de cualquier otra cosa. La misma palabra "dios", se dice también (...), no significa más que "el cielo luminoso del día". De acuerdo también. Pero, ¿por qué precisamente ese "cielo luminoso del día" se ha convertido para los hombres en un dios. Muchos no ven ni siquiera donde está aquí la cuestión».¹¹

Lo queramos o no, late en nosotros la cuestión del absoluto, o del misterio absoluto de nuestra existencia. Esta cuestión ha tomado en la historia de la humanidad el nombre de Dios. Por eso esta palabra misteriosa, que de alguna manera nos viene dada y está presente en todas nuestras lenguas, tiene sentido, y un sentido inagotable. La cuestión de Dios no nos viene del exterior, porque si tal fuera el caso no podría interesarnos mucho tiempo. El filosofo Hegel dijo a comienzos del siglo XIX «El absoluto esta junto a nosotros desde el principio».

El mismo ateísmo da testimonio de esta cuestión, a la que quiere responder negativamente. El ateo (etimológicamente, «sin Dios») es el que está obligado a hablar de Dios para negarlo. Lo que supone que este nombre tiene todavía algún sentido para él. Es incluso digno de notar el que la denominación de «ateo» no haya sido sustituida todavía por otra que no mencione el nombre de Dios. Entre los más ateos sigue estando presente aun la cuestión de Dios.

Esta toma de conciencia es la matriz originaria de todas las pruebas posibles de la existencia de Dios. Esas pruebas no son más que razonamientos que tratan de traducir o de explicar de una manera u otra esta experiencia. Por lo demás, no puede ser de otro modo. Nuestros razonamientos nunca podrán atrapar a Dios como una mariposa en una red. Por eso es inútil exponer aquí ese tipo de pruebas. Nosotros hemos ido al fundamento.

Recojamos para terminar las palabras, llenas a un tiempo de angustia y confianza, con las que san Agustín da comienzo a sus celebres *Confesiones* «Nos creaste, Señor, para ti y nuestro corazón andará siempre inquieto mientras no descanse en ti»¹².

ESTA EXPERIENCIA ES UNIVERSAL

¿Estamos ya aquí en una reflexión propiamente cristiana? Sí y no. Sí, porque la interpretación de nuestra experiencia fundamental la hemos hecho aquí con un espíritu cristiano y con términos procedentes del cristianismo. No, porque el deseo de absoluto que hemos descrito vale para todos los hombres, cualquiera que sea su cultura. Las otras expresiones religiosas están fundadas sobre la misma experiencia, aun cuando la expliciten con una idea de Dios totalmente distinta, por ejemplo un Dios no personal, como en ciertas religiones orientales. Sería por tanto un abuso «acaparar» de manera exclusiva en el sentido de la fe cristiana la experiencia descrita. Lo que sigue mostrara solo cómo la fe cristiana interpreta este deseo y que sentido le da. Pero, remontándonos por esta corriente que es la fe, nos hemos encontrado con la dimensión religiosa del hombre. 13

¹ Quisiera traducir aquí en términos lo más claros posible lo que el teólogo alemán Karl Rahner (1904 1984) ha llamado «la experiencia trascendental» del hombre es decir la experiencia que cada uno de nosotros tenemos de un dinamismo interior de una «trascendencia» que nos traspasa y supera sien pre Cf su libro *Curso fundamental sobre la fe* Herder Barcelona 1989.



² B Pascal *Pensees* 200 (Lafuma) o 347 (Brunschvicg).

- ³ No es una afirmación gratuita puesto que existe en este punto un consenso muy amplio en los medios científicos Haría falta todo un libro para explicar estas cosas y no es el objetivo de este.
- ⁴ Hoy la angustia ecológica anida en todos nosotros El hombre se enfrenta a su responsabilidad y a su libertad en el uso de los descubrimientos y de la naturaleza Pero, ¿no nos olvidamos de que en los países llamados desarrolla dos estamos en presencia de una naturaleza casi completamente domesticada y «humanizada» por muchos milenios de trabajo humano⁷ Basta ir a ciertos lugares de África o Asia para tomar contacto con la naturaleza llamada «virgen» Su carácter salvaje causa a veces miedo Pero hoy estamos descubriendo que los mejores progresos científicos y técnicos chocan con la limitación de los recursos naturales, reservándonos para un próximo futuro decisiones dieíciles.
- ⁵ Pongamos todavía otro ejemplo de la manifestación de este polo subjetivo (podría decirse originario, puesto que es el origen de todos nuestros estados de conciencia) y de este desdoblamiento del yo Supongamos un novio que está escribiendo a su novia Quiere expresarle los sentimientos profundos que ella le inspira Pero esos sentimientos son muy difíciles de expresar Al cabo de algunas frases, el joven siente la tentación de romper la carta pensando no es esto lo que yo quería decir, lo que he escrito es ridículo, ¿qué va a pensar de mí? Quizá intente hacerse poeta no, es peor aún Algo en el le advierte de la distancia que hay entre sus sentimientos y la expresión de los mismos Ocurre lo mismo con el pintor decepcionado con su cuadro, con el científico insatisfecho con su experimento, con el escritor descontento con el comienzo de su novela La conciencia de la inadecuación entre la realización y la intención pone de manifiesto la existencia en nosotros de ese polo indefinible, que se nos escapa y que al mismo tiempo nos sirve de medida para juzgar lo que hacemos.
 - ⁶ B Pascal, *Pensees* 131 (Lafuma) o 434 (Brunschvicg).
 - 7 R. Aron, *Mémoires*, Julliard, París 1983, 751 (trad. esp., *Memorias*, Alianza, Madrid 1985).
- ⁸ Quien decía en síntesis no arriesgo nada optando por Dios y la vida eterna si existen, he seguido la opción adecuada, si no existen, en nada salgo perjudicado.
- ⁹ H. de Lubac, Le *mystere du surnaturel*, DDB, París 1965, 149 (trad. esp., Misterio de *lo sobrenatural*, Encuentro, Madrid 1991).
- ¹⁰ Id *Sur les chemms de Dieu* Cerf París 1983–11 (trad esp. *Por los caminos de Dios* Encuentro Madrid 1993).
 - ¹¹ IB 19 20.
 - ¹² San Agustín, Confesiones I, 11, San Pablo, Madrid 1998.
- ¹³ El análisis propuesto se ha dirigido ante todo al individuo, pero es claro que vale igualmente para las sociedades humanas Así, mismo podría haberse hecho partiendo de la dinámica de nuestra acción como hiciera ya Maurice Blondeí a finales del siglo XIX.

Página 10 de 10